

XXVIII Domingo Tiempo Ordinario

Reyes 5, 14-17 Timoteo 2, 8-13 Lucas 17, 11-19

« *Se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias* »

10 Octubre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“SI MORIMOS CON ÉL, VIVIREMOS CON ÉL. SI PERSEVERAMOS, REINAREMOS CON ÉL”

Leía el otro día una afirmación que me llamó la atención: “Tengo claro que lo único importante en la vida es ser feliz” (Ana Locking). ¿Verdaderamente es lo único importante en esta vida? ¿Sin importar qué tenemos que hacer para conseguirlo? Creo que muchas veces vivimos con esa máxima grabada en el corazón. Queremos ser felices cueste lo que cueste. Y cuando no lo somos, sufrimos y pensamos que nada nos resulta como queremos. Ya lo decía una **joven de 16 años**: “En esta vida o eres feliz o te lo inventas, pero que nunca nadie te quite el sueño y mucho menos las ganas de soñar”. La felicidad parece el único objetivo de nuestra vida. Muchos libros de autoayuda lo único que pretenden es que seamos felices. Leí hace poco acerca de un método llamado **Isha**: “¿Por qué caminar si puedes volar? Este método expulsa de nuestra conciencia los miedos y limitaciones que nos hacen infelices. Provoca que nos encontremos con nosotros mismos, con nuestro verdadero yo interior, despojado de miedos y prejuicios que alimentamos desde niños”. Es verdad que muchas veces no tenemos paz interior, ni logramos la felicidad que deseamos, porque vivimos angustiados y sin paz, por razones que, muchas veces, no justifican nuestra tristeza. No nos conocemos y no sabemos lo que sucede en nuestro interior. Estamos enfermos del alma, porque no logramos liberarnos y volar, porque no conseguimos soñar. Sin embargo, no creo que el objetivo único de nuestra vida sea ser felices. Es cierto que muchas veces nos lo presentan como lo central en este mundo. Nos dicen que tenemos realizarnos como personas y ser verdaderamente felices, rompiendo las ataduras y evitando lo que no permite la libertad verdadera. Es verdad que es importante la felicidad para poder entregar paz a muchas personas. Si uno no está en paz y no es feliz, amargará la vida a otros. Sin embargo, cuando nuestro único objetivo en la vida es la felicidad, que aquí en la tierra es sólo un pálido reflejo de lo que será el cielo, podemos ir de un lado a otro pretendiendo llenar nuestra alma, sin encontrarle sentido a la vida. **Creo más bien, que deberíamos luchar por ser fieles a la voluntad de Dios en todo momento, haciendo felices así a los demás, con nuestro amor y nuestra entrega.**

SIN EMBARGO, AÚN QUERIENDO SER FELICES, MUCHAS VECES VIVIMOS AMARGADOS Y PENSANDO QUE LA VIDA NO NOS DA LO QUE NECESITAMOS. Vivimos buscando fuera razones para sonreír y tener paz. Ya lo decía Epicuro y andaba en lo cierto: “A los seres humanos las cosas no nos afectan por sí mismas, sino por cómo las interpretamos”. Las cosas no son tan importantes como la forma en la que las recibimos en el alma. Una enfermedad, la pérdida del trabajo, o una crisis, son siempre experiencias difíciles de encajar. No obstante, la actitud con la que las enfrentamos es fundamental, lo cambia todo. Nuestro estado de ánimo, nuestra paz interior, está en nuestras manos y no en las manos de los que nos rodean. Solemos reaccionar ante la vida y nos convertimos en personas que cambian su estado de ánimo dependiendo del curso de los acontecimientos y de las actitudes de otros hacia nosotros. Con frecuencia sentimos que la ira, la tristeza o la angustia nos invaden y no vemos razones para ello. En esos momentos nos dejamos llevar por la forma cómo interpretamos la vida. Leía el otro día: “El malestar nos advierte

de que la forma en la que estamos viendo las cosas es dañina para nuestra salud emocional”¹. Necesitamos mirar nuestra vida con un corazón agradecido y con mucha paz. Con cierta distancia y libertad, con más objetividad. Decía **Fray Luis de León**: “Estar en paz consigo mismo es el medio más seguro de comenzar a estarlo con los demás”. Si tenemos paz en los momentos de dificultad, ante las contrariedades de cada día, tendremos un corazón capaz de relacionarse y amar con libertad. Si vivimos aceptando la realidad con cierta distancia y sin hundirnos ante los acontecimientos, ante las críticas y opiniones de los otros, tendremos más salud en el alma. Tenemos que entender que muchas veces no podremos cambiar la realidad, sino sólo nuestra mirada sobre ella. Pero de esa mirada depende nuestra forma de vivir. **Un corazón preparado para la felicidad, para vivir con alegría, es un corazón que logra hacer felices a los demás.**

LA ENFERMEDAD: TENEMOS QUE RECONOCER QUE VIVIMOS EN UNA SOCIEDAD ENFERMA, QUE NO TRANSMITE NI PAZ NI FELICIDAD. La enfermedad puede llegar a aislarnos en nuestro dolor e incomprensión. La lepra es una enfermedad terrible que aísla a los que la padecen del resto de la sociedad. En la época de Jesús los leprosos iban en grupos y se aislaban del mundo. La enfermedad los hacía encerrarse en su dolor y vivir infelices. En las lecturas de hoy escuchamos la historia de varios leprosos: Naamán el sirio y los diez leprosos que se acercan a Jesús en el camino. La enfermedad nos puede convertir en personas temerosas y esquivas, puede aislarnos y volvernos poco comunicativos. El que se encierra en su enfermedad, y no busca salida, acaba perdiendo la esperanza. Hay muchas enfermedades en nuestra época, pero la que más aísla al hombre es la enfermedad que afecta al corazón. La enfermedad del alma nos impide amar bien. Es la lepra del corazón. Distorsiona la realidad y nos hace encontrar en los demás siempre desprecio e incomprensión. Es la incapacidad que tenemos para querernos bien a nosotros mismos y así poder amar a otros. No deja de sorprenderme lo desquiciados que estamos. ¡Cuántos matrimonios rotos! ¡Cuántas infidelidades a Dios y a los hombres! ¡Cuánto odio y falta de esperanza! Esa falta de paz y armonía toca nuestro corazón. Por eso es tan necesario reconocer que estamos enfermos, que no hay armonía en nuestra vida, que nuestro corazón tiene heridas. **Sólo saldremos de nuestro aislamiento cuando pidamos ayuda, nos dejemos aconsejar y empecemos un camino nuevo.**

PERO HACE FALTA MUCHA FE PARA OBEDECER SIN COMPRENDER. Naamán obedeció a Eliseo y se fue a bañar a un río desconocido, cuando en su tierra tenía muchos ríos. Sin embargo, fue obediente: “En aquellos días, Naamán de Siria bajó al Jordán y se bañó siete veces, como había ordenado el profeta Eliseo, y su carne quedó limpia de la lepra, como la de un niño”. Los leprosos del Evangelio buscan a Jesús y le gritan desde lejos porque creen en su poder: “Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros.»” Quieren ser curados y no ponen obstáculos a la curación. Al contrario, sin pensarlo demasiado, siguen una orden: “Al verlos, les dijo: «Id a presentaros a los sacerdotes»” Jesús no los toca, no los bendice, simplemente les da una orden. Tal vez esperaban otra actuación y, no obstante, no ponen barreras, simplemente obedecen. Entonces el milagro sucede por la obediencia. La fe es creer más allá de lo que nos pueda parecer razonable. Muchas veces buscamos soluciones, pero sólo aceptamos aquellas que nos resultan lógicas; pedimos consejo, aunque sólo esperamos que confirmen lo que ya tenemos decidido; buscamos ayuda, pero presentamos nuestra propia forma de ver las cosas, casi sin escuchar otros puntos de vista. Nos cuesta obedecer cuando las órdenes no nos parecen razonables. Hace falta mucha apertura de mente y de corazón para obedecer con fe. Fiarnos de las personas que Dios pone en nuestro camino es fundamental para vencer nuestra propia enfermedad. Esa enfermedad

¹ Borja Vilaseca, “El principito se pone la corbata”, 122

que nos aísla del mundo y nos enclaustra en nuestra pobreza. Asumir que estamos enfermos es el primer paso para comenzar a sanar. Dejarnos ayudar cuando pedimos ayuda es la única forma de salir de nosotros mismos y así encontrar el auxilio necesario. Pese a todo, *¿no es verdad que nos cuesta mucho dejarnos ayudar y escuchar los consejos de los que nos rodean? ¿No es cierto que no somos capaces de obedecer cuando lo que nos piden no nos parece razonable o, simplemente, no estamos de acuerdo?*

SANACIÓN: HACE FALTA MUCHA FE PARA CREER QUE DIOS PUEDE CURARNOS Y CURAR A AQUEL QUE ESTÁ ENFERMO. Por eso Jesús alaba la fe del leproso que vuelve a agradecer: *"Tu fe te ha salvado"*. Es necesaria mucha fe para creer en los milagros de la vida. Normalmente le damos pocas opciones a Dios para intervenir, como ya meditábamos la semana pasada. Nos falta fe en su actuación todopoderosa. Nos olvidamos de algo esencial: Él puede curarnos y curar a los que están enfermos. Por eso es necesario suplicar, gritar, como los leprosos, como el sirio Naamán, que lo dejó todo para buscar a Eliseo. Hoy necesitamos tener esa fe que no se frustra ante la realidad, que no se desespera y sube siempre más alto. Nos falta la fe de los niños que siempre creen y esperan. Decía **Paolo Coelho**: *"Un niño siempre puede enseñar tres cosas a un adulto: a alegrarse sin motivo, a estar siempre ocupado con algo y a saber exigir con todas sus fuerzas aquello que desea"*. Si somos niños seremos capaces de vivir así, con alegría aún cuando no tengamos razones para sonreír; ocupados con lo que nos enamora el corazón, sin dejar que la vida se nos escape sin hacer nada; y exigiendo lo que deseamos, porque creemos con fuerza que puede llegar a hacerse realidad. Un niño es capaz de suplicar los milagros, porque cree en ellos y no se conforma con la vida tal y como es. Así queremos ser nosotros y luchar siempre por llegar a ver milagros a nuestro alrededor. El niño es capaz de exigir con todas sus fuerzas lo que desea, porque está convencido de la omnipotencia de su padre. Así deberíamos ser ante Dios, como nos lo recuerda el **P. Kentenich**: *"La confianza del niño auténtico se funda en lo más hondo, en la omnipotencia divina"*². Dios lo puede todo y, cuando esa fe mueve nuestra vida, vivimos libres de ataduras y **seguros de la victoria final, porque Cristo ya ha vencido.**

HEMOS CELEBRADO ESTA SEMANA A NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO. Ella manifiesta su poder y vence en la dificultad. Cuenta la historia que la Virgen se apareció en 1208 a Santo Domingo de Guzmán con un rosario en las manos, le enseñó a rezarlo y le dijo que lo predicara entre los hombres. El 7 de octubre de 1571 se encontraron las flotas cristianas y musulmanas en el Golfo de Corinto, cerca de Lepanto. La flota cristiana entró en batalla contra un enemigo muy superior en tamaño. Se jugaba el todo por el todo. Antes del ataque, las tropas cristianas rezaron el santo rosario. La batalla de Lepanto duró hasta altas horas de la tarde pero, al final, los cristianos resultaron victoriosos. Desde entonces se ha convertido en un instrumento de conversión y de victoria. La fe en la oración hizo posible una victoria que parecía imposible. Siempre que la Virgen se ha aparecido en la tierra, nos ha pedido que rezáramos esta oración. Es cierto que a muchos les puede resultar monótona y aburrida, sin embargo, es un camino de transformación. Esta oración cadenciosa y continua nos introduce en el corazón de María y en el corazón de Dios. En mi vida ha sido un camino de conversión y gracias al rezo del rosario puedo decir que un día escuché la llamada de Dios, porque el rosario me enseñó a hacer silencio. El rosario logra que entre el silencio de Dios en el alma, porque la repetición constante de una alabanza a María, logra que el alma repose y descansa en sus manos. Cuando nos dejamos tocar por los diferentes misterios, vamos adentrándonos en la historia del Señor, en nuestra propia historia de salvación y así descubrimos su querer. Una promesa de María, que aparece en los escritos del **Beato Alano** sobre la eficacia del rosario, dice: *"Sustituye en el corazón de los hombres el amor del mundo con el amor de Dios y*

² J. Kentenich, "En las manos del Padre", 125

los eleva a desear las cosas celestiales y eternas". María es el camino más rápido al corazón del Padre, nuestro destino final, y evita que nos entretengamos en todo aquello que nos esclaviza, como nos lo dice el **P. Kentenich**: *"El Padre quiere repatriarme a su corazón; hay personas que quieren apoderarse de mi corazón; dinero y riquezas quieren adueñarse de mí. ¿Quién vencerá?"*³ **María es la gran vencedora cuando nos dejamos educar por su mano maternal. Ella vence el mal en nuestra vida.**

GRATITUD: ES NECESARIO AGRADECERLE A DIOS POR TODO LO QUE SOMOS Y TENEMOS. Es habitual que busquemos a Dios cuando tenemos necesidades. En esos momentos suplicamos, pedimos e imploramos. Sabemos que Dios no nos va a olvidar cuando más lo necesitamos. Por eso Naamán recorrió muchos kilómetros hasta encontrar a Eliseo, en quien confiaba y los leprosos siguieron a Jesús y suplicaron en la distancia. Sin embargo, cuando hemos recibido lo que pedíamos, cuando vivimos con paz y no necesitamos suplicarle a Dios con insistencia, en esos momentos de paz, se nos olvida el agradecimiento. Naamán, por su parte, sí que sabe agradecer: *"Volvió con su comitiva y se presentó al profeta, diciendo: «Ahora reconozco que no hay dios en toda la tierra más que el de Israel. Acepta un regalo de tu servidor.» Eliseo contestó: « ¡Vive Dios, a quien sirvo! No aceptaré nada.» Y aunque le insistía, lo rehusó. Naamán dijo: «Entonces, que a tu servidor le dejen llevar tierra, la carga de un par de mulas; porque en adelante tu servidor no ofrecerá holocaustos ni sacrificios a otros dioses fuera del Señor.» Reyes 5, 14-17.* Y también lo hizo uno de los leprosos que habían sido curados: *"Y, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Éste era un samaritano. Jesús tomó la palabra y dijo: « ¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?» Comenta S. Cirilo que lo que Dios quiere es que agradezcamos: "La ley mandaba que los curados de la lepra ofreciesen un sacrificio en acción de gracias por la curación". La misma eucaristía es la acción de gracias que celebramos cada día para agradecer todo el amor que Dios nos entrega. Sin embargo, nos cuesta mucho detenernos y pensar qué cosas tenemos que agradecerle a Dios. Nos creemos hijos llenos de derechos y nos enfrentamos a Dios cuando no nos da lo que nos corresponde. **No somos niños pobres capaces de ver en todo un regalo de Dios.***

EL SALMO EXPRESA LA GRATITUD DEL QUE SABE VER LA MANO DE DIOS EN TODO LO QUE LE SUCEDE: *"El Señor revela a las naciones su salvación. Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas: su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. El Señor da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia: se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios. Aclama al Señor, tierra entera, gritad, vitoread, tocad". Sal 97, 1. 2-3ab. 3cd-4.* El salmo es un canto de alabanza de aquel hijo pobre que ve en Dios el hacedor de su propia vida. Tenemos que aprender a agradecer. La vida es don y, cuando nos acostumbramos a todo, no valoramos lo que Dios nos regala. Son milagros pequeños y continuos. Es la misericordia de Dios que se manifiesta en forma de salud, de vida, de amor, de pequeños detalles que pueden pasar desapercibidos. Si no miramos nuestra vida como un don, no seremos capaces de ver la acción de Dios y agradecer por ella. Cuando todo nos parece evidente, cuando pensamos que tenemos derecho a todo lo que tenemos, vivimos sin agradecer. Hace falta mucha humildad para agradecer. Sólo desde la experiencia de la pequeñez y la impotencia es posible vivir con un corazón agradecido. El amor recibido es un don y no un derecho. Los bienes que tenemos son muestra de la misericordia divina. Pero para verlo es necesario tocar nuestra debilidad, besar nuestra miseria, postrarnos antes Dios y reconocer que no es mérito nuestro, sino una gracia de ese amor infinito que nos desborda. Sin embargo, lo olvidamos. *¿Cuántas cosas que nos suceden a diario no somos*

³ J. Kentenich, "Lunes por la tarde", T 21, 87

capaces de agradecer? ¿Por qué nos cuesta tanto dar las gracias en la vida? Parece que la palabra "gracias" no sale con facilidad de nuestro corazón herido.

FIDELIDAD: DESPUÉS DE AGRADECER NO HAY TIEMPO QUE PERDER, HAY QUE PONERSE EN CAMINO: "Y le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado.»" *Lucas 17, 11-19.* Dice **S. Beda:** "Jesús le mandó que se levantara y se fuese porque al que ser prosterna conociendo humildemente su debilidad, merece que la palabra divina le consuele y le mande adelantar en el camino de obras santas". La salud nos devuelve al escenario de la acción, donde se juega nuestro amor en cada momento. La enfermedad nos aísla e incapacita, mientras que la salud, por su parte, nos confronta con los desafíos de la misión. El camino nos lo muestra hoy **S. Pablo:** "Haz memoria de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David. Éste ha sido mi Evangelio, por el que sufro hasta llevar cadenas, como un malhechor; pero la palabra de Dios no está encadenada. Por eso lo aguanto todo por los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación, lograda por Cristo Jesús, con la gloria eterna. Es doctrina segura: Si morimos con él, viviremos con él. Si perseveramos, reinaremos con él. Si lo negamos, también él nos negará. Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo". *Timoteo 2, 8-13.* Hay que saber morir con Cristo para poder vivir con Él; se trata de perseverar en fidelidad para reinar con Él. Hoy se nos pide la fidelidad del que persevera en el camino de Dios. Decía hace unas semanas **Benedicto XVI en Londres:** "En nuestro tiempo, el precio que hay que pagar por la fidelidad al Evangelio ya no es ser ahorcado, descoyuntado y descuartizado, sino que a menudo implica ser excluido, ridiculizado o parodiado". Seguir a Jesús no es fácil y trae esa muerte que con frecuencia queremos evitar, la muerte a nuestra propia gloria y honor, la muerte a nuestro orgullo y vanidad. No es una muerte fácil porque el corazón busca siempre el reconocimiento y el éxito en todo lo que hacemos. Es complicado enfrentar el desprecio, renunciar a la propia vida por seguir a Cristo. Tal vez por eso sólo uno de los diez leprosos volvió a buscar a Jesús. **Los demás no quisieron complicarse la vida.**

CRISTO NOS INVITA A MANTERNOS FIRMES EN SU PRESENCIA, para ser así nosotros la presencia de Dios en el mundo. Es la misión del leproso que regresa y comienza así un camino nuevo. Me recuerda las palabras de **Jean Vanier:** "La palabra que llega y vuelve a venir a mi mente y corazón es "presencia". Estar presente ante la realidad y para los demás, no huir a la imaginación y las ideas; vivir el instante presente, no escapar a los sueños del futuro o encerrarse en el pasado. Aceptarme como soy, con mis debilidades, mis dificultades y mis dones y abrirme a la Presencia de Dios." Es la misión de todo cristiano. Consiste en estar presente para anunciar una presencia mucho mayor que la nuestra. El camino es aceptar nuestra realidad y no escapar del presente huyendo hacia el pasado o el futuro. Los nueve leprosos sanados no quisieron enfrentarse con una misión tan grande. Siguieron su camino y no dieron el paso del agradecimiento. La misión sólo comienza en el corazón que ha reconocido su propia vida como un regalo y no como un derecho. Cuando descubrimos que sólo somos administradores de nuestra vida nos abrimos a otros horizontes. Cuando entendemos que la vida no consiste sólo en ser felices, sino, fundamentalmente, en hacer felices a los otros, cambia nuestra forma de enfrentar la realidad. El único leproso que vuelve a agradecer, entiende que su nueva vida es propiedad de aquel que le ha curado. Casi sin entenderlo ha vuelto a nacer y necesita saber qué tiene que hacer con su nueva vida. Cuando nos encontramos con Dios y Él sana nuestro corazón enfermo, descubrimos que ya sólo podemos vivir para Aquel que nos ha curado. El leproso se hace presente ante Dios para que su presencia irradie la presencia de ese Dios que le ha salvado. Nuestra ausencia, por el contrario, es la derrota de Dios en nuestra vida, porque no dejamos que venza y muestre un nuevo camino de plenitud. **Cuando huimos de Dios, cuando nos alejamos de su amor, nos acabamos encerrando en nuestro egoísmo. Pretendiendo bienes pasajeros dejamos de servir al que da la vida y la plenitud que el corazón anhela.**